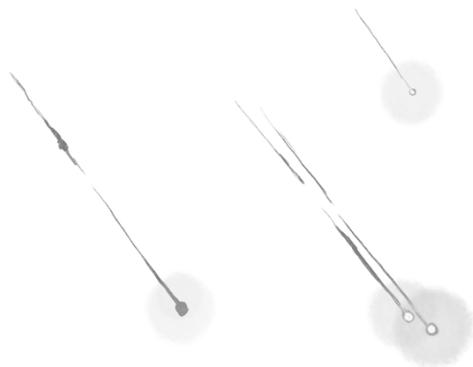




Los secretos que guardan las estrellas

ANA ALCOLEA

ANAYA



Los secretos que guardan las estrellas

1.ª edición: febrero de 2025

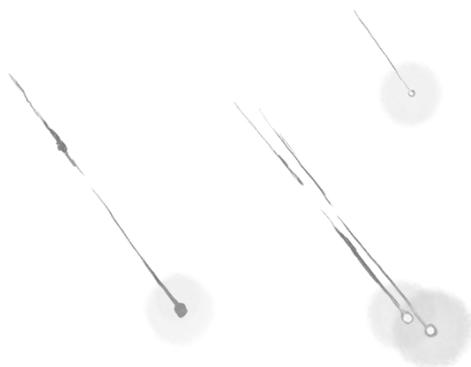
© Del texto: Ana Alcolea, 2025
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2025
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.es

Ilustración de cubierta: David Guirao

ISBN: 978-84-143-4269-5
Depósito legal: M-23020-2024
Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Los secretos que guardan las estrellas

ANA ALCOLEA

ANAYA

—¿*V*es cómo parpadea la Osa Mayor?
—Las estrellas no parpadean, titilan.

—Prefiero pensar que son grandes ojos que nos miran con curiosidad, y que parpadean de vez en cuando porque no soportan ver lo que los humanos nos hacemos unos a otros. Por eso solo salen de noche, cuando no pueden ver con claridad todo lo que pasa.

—De día también están, pero no las vemos.

—De día duermen para poder soñar que el mundo es mucho mejor de lo que es.

—Es bonito lo que dices.

—¿El qué?

—Pues eso, que las estrellas duermen de día y parpadean de noche.

—Así pueden soñar. Así pueden soñarnos.

—¿Crees que las estrellas sueñan con nosotros?

—Claro, mañana, la Osa Mayor soñará que nos ha visto e imaginará nuestras conversaciones. Ellas están ahí arriba desde que se creó el mundo. Llevan siglos, miles, millones de años, observándonos y soñándonos. Por eso son las únicas que conocen nuestros secretos.

ALONSO

Dicen que nunca está tan oscuro como cuando va a amanecer. Eso, al menos, afirmaba mi abuela Claudia cuando nos contaba historias de su infancia en un pueblo blanco de la sierra. A mi abuela le gustaba mucho hablar. Lo hacía cuando estaba bien y sus relatos empezaban por el principio y acababan por el final, y también cuando en su cabeza se mezclaban los episodios como si fueran naipes que alguien hubiera lanzado al aire, y ella los fuera recogiendo sin orden ni concierto. Eso pasó durante sus últimos años, cuando la enfermedad arañó las entrañas de su memoria y nosotros la fuimos perdiendo poco a poco, despacio, con el paso de una tortuga; lenta, pero firme y segura de su destino final.

Cuando la abuela era adolescente, sus padres decidieron reformar su casa para tener un salón más grande y para instalar calefacción. Hasta entonces, la estufa de petróleo con ruedas iba de un cuarto a otro acompañando a la familia. Con la calefacción, por fin la casa estaría caliente y cada uno podría disfrutar de su propio espacio. Para ello había que tirar una de las viejas paredes de piedra de

la que había sido su habitación hasta entonces. A partir de ese momento, mi abuela tendría un dormitorio más grande en el piso de arriba.

Los albañiles no querían derribar aquella pared, que tenía más de cuatro siglos. Al jefe de obra le parecía un sacrilegio romper algo que había sobrevivido a guerras, tempestades y odios fratricidas de todo tipo y condición. Se lo dijo a mi bisabuelo y llegaron a un acuerdo: abrirían una puerta para comunicar lo que habían sido dos estancias, pero no quitarían la pared entera.

Lo que no imaginaba ni el uno ni el otro fue lo que pasó: entre dos piedras perfectamente talladas había un hueco del tamaño justo para que entrara una mano. El jefe de obra introdujo la suya con cierto reparo, y sacó algo que no se esperaba.

No se habría extrañado si hubiera encontrado un animal muerto, una rata, un escorpión o un pájaro. Tampoco se habría extrañado si hubiera encontrado los restos de un recién nacido, como le había ocurrido un par de años antes en el pueblo de al lado. Pero nada de eso era lo que habían guardado las piedras durante lustros, decenios, siglos.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó mi bisabuelo ante la mirada atónita de mi abuela, que se había acercado en cuanto oyó que el pico del albañil había dejado de hacer ruido.

—Parece un libro en miniatura —contestó el hombre con su hallazgo en la palma de la mano derecha.

—A ver, a ver —dijo mi entonces adolescente abuela, curiosa por naturaleza, estudiante pese a la oposición de su familia, que quería que se dedicara a bordar y a tocar el piano, y ávida lectora de los libros de aventuras que le dejaba su maestra, muchas veces a escondidas—. ¡Un libro! ¡Y qué pequeño! —exclamó al mismo tiempo que se lo quitaba de la mano al albañil.

Lo cogió con la misma suavidad con la que habría cogido a un pájaro herido o a un niño muerto. O al menos eso era lo que ella nos decía a mis primos y a mí cuando nos contaba aquel episodio, que todos escuchábamos con la misma emoción con la que ella nos lo narraba. Le gustaba contar historias.

Sus historias, que tenía muchas.

Pero la de aquel extraño libro emparedado era nuestra preferida. Mis primos me dicen que la han olvidado, que no se acuerdan en absoluto, pero yo no la he podido olvidar. Seguramente por todo lo que pasó después de que la abuela nos revelara la historia de aquel pequeño libro que había guardado durante varios meses en un pequeño cofre.

Sí, recuerdo que la abuela nos contó todo aquello poco antes de que la vida se hiciera más difícil para ella y para todos.

Un año después, llegó al instituto una chica nueva que se llamaba Tatiana. Una chica que venía de un país en guerra y a la que le costó varias semanas empezar a sonreír. Solo lo hizo cuando le conté la

historia de aquel libro que las piedras de una vieja pared habían escondido durante más de cuatro siglos. Sí. Aquel día Tatiana sonrió por primera vez.

Y yo me enamoré de su sonrisa.

Guardo la primera sonrisa de Tatiana en mi memoria con la misma fuerza que si hubiera nacido de mi imaginación, y no de la realidad, esa boca oscura que nos va devorando día a día, hora a hora, minuto a minuto, segundo a segundo. La sonrisa de Tatiana cuando le conté lo poco que sabía acerca del libro escondido se grabó a fuego en mi cerebro, y ahí sigue, robándome de vez en cuando la percepción de todo lo que hay a mi alrededor.

Tatiana había venido con su madre desde un país lejano. Su padre había muerto a causa de una bomba que estalló en su propia casa, y había tenido una especie de novio del que ya no sabía nada. Anatol era su amigo de infancia, vecino del piso de al lado, tres años mayor que ella, lo suficiente para haber sido reclutado. De él solo había recibido dos cartas en las que le transmitía el miedo, el pánico que le suponía entrar en acción y luchar cuerpo a cuerpo con un enemigo al que no conocía y al que no tenía ningún interés en matar. Había escrito las dos cartas con dos días de diferencia, y a Tatiana le habían llegado el mismo día. Después, el silencio.

Tatiana no quería pensar en la posibilidad, más que probable, de que estuviera muerto, e intentaba llevar su recuerdo a la imaginación como si aún

estuviera vivo. Se lo imaginaba de regreso a su casa, donde, estaba segura, encontraría el cuaderno que le había dejado escondido entre los restos de la pared que separaba sus habitaciones. Como Píramo y Tisbe, de pequeños se habían comunicado por un agujero que Anatol había hecho en la pared. A través de él hablaban, se contaban historias y se intercambiaban caramelos y lápices de colores. No es que sus padres no les dejaran estar juntos, es que a ellos les gustaba aquel misterio que rodeaba el hecho de que los separase una pared.

Ahora todo era muy diferente. Una bomba había destrozado gran parte de la casa. De la pared de sus juegos apenas quedaban ladrillos, el agujero se había convertido en una antesala del infierno, aunque a través de él se viera el cielo; un cielo surcado por nubes siempre grises, por drones y por aviones igualmente grises.

Por eso Tatiana había sonreído al oír que aquel libro del que hablaba mi abuela había estado escondido dentro de una pared. No sonreía por lo que yo le contaba, sino porque mis palabras la llevaban al cuadernito con sus cartas a Anatol. Pensaba que todavía existían los milagros, y que tal vez él ahora estuviera leyendo sus palabras y pasando las hojas, como había hecho mi abuela con el que había sido escrito cientos de años atrás.

CUADERNO DE BITÁCORA DE SAID (1620)

A menudo me pregunto por qué estoy aquí, lejos de todo lo que amé durante mi infancia y mi adolescencia. Siempre he sido un extranjero, primero en la tierra donde nací, y luego en la tierra que me acogió. O mejor dicho, en la que nunca acabó de acogerme, ni a mí ni a mi familia. Sí, siempre fuimos extranjeros, tanto en la sierra como en el desierto; tanto en el pueblo de cal blanca como en el pueblo de adobe rojo.

Tal vez sea por eso por lo que me gusta tanto el mar, mirarlo y vivirlo; sumergir la mirada en el azul infinito, navegar en mi barco sin nostalgia de la tierra firme. Contemplarme en sus aguas para ver en el abismo sus ojos, los de ella. Los ojos de Mariana. Es de sus ojos de los que tengo nostalgia. No del suelo en el que nací y que no me quiso, ni del suelo al que vine y que no me quiere. De ella, de Mariana. Solo de ella.

Mariana, que en su nombre guardaba los secretos del mar que ella tal vez nunca conocerá, y al que yo estoy destinado hasta que se me abran las puertas del Paraíso.

Han pasado diez largos años desde que tuve que dejar a Mariana. El edicto de expulsión definitiva

llegó una tarde de tormenta de 1610. Lo acompañó el granizo, bolas de hielo que caían del cielo y nos golpeaban el cuerpo y el alma. Estaba claro que ni siquiera el cielo nos quería en aquellas que habían sido nuestras tierras. Las calles se quedaron blancas y todos en el pueblo interpretaron la granizada como un aviso del más allá: teníamos que marcharnos antes de que la cólera de un dios injusto cayera definitivamente sobre nosotros.

Recuerdo que lloré mucho aquella tarde. La cólera de Dios no me importaba, el pueblo blanco en la sierra tampoco. Pero dejar a Mariana... Pensar en no volverla a ver... Eso era lo que me dolía aquella tarde. No le había declarado mi amor por miedo a fracasar. Siempre he tenido miedo a no lograr las empresas que me he propuesto. Con ella ni siquiera lo intenté.

La amé siempre, desde niños, con ese amor infantil que cree que no existe nada más. Vivíamos en casas contiguas, y a través de un ventanuco hablábamos y nos intercambiábamos dulces. Durante el Ramadán, que celebrábamos en secreto, yo le robaba pasteles de almendra y miel a mi madre para dárselos a ella. Durante las fiestas cristianas, ella me regalaba torrijas de pan y leche. Nuestras familias tenían poca relación porque pertenecíamos a religiones diferentes y no querían que nosotros nos hiciéramos amigos. Yo siempre creí que temían que nos enamoráramos. Las leyes no escritas prohibían

que los moriscos nos casáramos con una cristiana si no se convertía; y las leyes no escritas cristianas decían lo mismo. Por eso nunca me atreví a transmitirle mis sentimientos, aunque sospecho que ella siempre lo supo. Ni siquiera la última noche antes de partir hacia tierras desconocidas me armé de valor para decírselo. Esa tarde, mi padre nos ordenó que recogiéramos nuestros enseres, y que después nos reuniéramos todos en la parte alta de la casa, donde teníamos una pequeña torre con la ventana orientada a La Meca, para rezar nuestras últimas oraciones en nuestro hogar, mirando nuestras estrellas y esperando un sol que no volveríamos a ver desde el que había sido nuestro lugar en el mundo.

Bajé dos veces para encontrarme con Mariana a través del ventanuco, pero alguien lo había clausurado. Ya no existía. Quité parte del yeso aún blando para abrir camino a mis dedos, a mis ojos y a mi voz. Pero apenas conseguí hacer un pequeño agujero por el que solo acerté a oír el llanto de Mariana.

Mi familia y yo salimos de casa al amanecer. Nosotros, y todos los demás moriscos, éramos expulsados definitivamente de nuestra tierra por creer o haber creído en un dios al que llamábamos de diferente manera. Llevábamos con nosotros solo lo que cabía en el carro. Ropas, el juego de té, alfombras, las joyas de mi madre y de mis hermanas, libros. Y miel. Toda la que pudimos. Mi padre era

mielero y las abejas habían sido especialmente generosas ese año. Vendíamos la mejor miel del pueblo. Recuerdo que en ese momento me pregunté cómo harían los habitantes que se quedaban para conseguir miel. Estaba convencido de que las abejas nos acompañarían y no permitirían que aquellas gentes que habían dejado que nos expulsaran disfrutaran de las delicias de su ambrosía.

Antes de que mi padre cerrara nuestra puerta y guardara la llave colgada de la gruesa cadena de oro que siempre llevaba al cuello, volví a mirar a través del pequeño agujero en el yeso por si podía despedirme de Mariana. No vi ni oí nada. Solo me arañó la oscuridad. Y también el silencio. Salí y golpeé el portón de su casa con mis manos. Nadie salió a abrir. Nadie se asomó a las ventanas. Ni un visillo se movió de su sitio. Ni en la casa de Mariana, ni en ninguna otra del pueblo.

Abandonamos nuestro hogar en silencio, al amanecer, después de la primera oración, sin que nadie saliera a despedirnos. Parecía que dejábamos un pueblo fantasma. Pero estábamos dejando toda nuestra vida en aquellas calles, entre aquellas paredes que ya no escucharían nuestras palabras, nuestros rezos ni nuestros sueños de amor.

DIARIO DE TATIANA

Nunca pensé que me encontraría como me encuentro. Lejos de mi país, de la gente que quiero y sin ninguna de mis cosas. Me siento como si fuera una caja llena de ausencias, de vacíos. Mi padre ya no está. No sé si Anatol está vivo o muerto. Mi casa ya no es más que un agujero. Mis muñecas, mis libros, mis juegos, mis amigas. La caja de música con una bailarina que daba vueltas sobre un espejo, y en la que guardaba los pendientes que me regalaron mis abuelos cuando cumplí catorce años, la pulserita que me regaló Anatol un año después, los pétalos secos de aquella rosa amarilla que robamos del jardín trasero de la casa de los vecinos. Mis pequeños y grandes tesoros.

Nada se salvó. Mamá y yo vinimos con lo puesto y dos maletas pequeñas con ropa, fotografías, dos cuadritos pequeños que siempre estuvieron en casa, mis documentos de la escuela, sus títulos universitarios (que aquí parece que no le sirven para nada), los animalitos de madera que coleccionaba papá, la corona de minúsculas flores de cera y de perlititas diminutas que llevó mamá el día de su boda, el muñeco con el que yo dormía de pequeña

y que me dio en la cabeza el día del bombardeo. Entonces creí (y ahora también) que me salvó la vida. Si en vez de él me hubiera caído un cascote del muro, ahora estaría muerta.

Tener que abandonarlo todo para empezar una nueva vida es más duro de lo que me decía mamá mientras viajábamos en aquel tren atestado de gente que olía mal. Probablemente nosotras también olíamos mal, pero no lo notábamos. Seguramente nuestro rostro estaba tan ajado y tan triste como los demás, pero queríamos creer que no era así, queríamos tener esperanza, a pesar de las ausencias con las que estábamos aprendiendo a convivir.

Mamá ha empezado a frecuentar la iglesia a la que van otras mujeres de nuestro país. Nunca ha sido creyente, pero va dos tardes por semana y así socializa un poco. Los dueños de la casa en la que trabaja solo la consideran como lo que es para ellos, la asistenta que limpia y cuida a una anciana enferma, pero a la que apenas se mira y con la que apenas se habla. Para la que no se deja a mano nada valioso, no sea que lo vaya a robar. A la que solo se la saluda con una inclinación leve de cabeza. A la que no se le pregunta cómo está, no vaya a ser que lo cuente. De cuya vida no se quiere saber nada más que su seriedad a la hora de trabajar, su discreción y su silencio.

Silencios. Muchos silencios. Nuestra vida está hecha de silencios. Sí. En aquella caja en la que

guardaba mis tesoros se pulverizó todo, hasta la música. Ahora yo me he convertido en una caja habitada solo por silencios y por fantasmas.

Menos mal que en ella ha entrado Alonso, que no para de hablar, de contarme historias y de intentar hacerme reír. Es un encanto. Tengo que reconocerlo. Aquí es la única persona, aparte de mamá, a la que le importo algo. Aquí y en el mundo en general. Intento que no se me note delante de él, pero sin su compañía estaría totalmente perdida.

Hoy me ha contado una historia de su abuela. Sobre algo que pasó cuando era muy niña, en su pueblo. Cuando iban a tirar una pared de su casa, encontraron un viejo libro escrito en árabe. Alguien se había tomado muchas molestias en esconderlo siglos atrás. Antes de marcharnos de lo que quedaba de nuestra casa, también dejé en la pared que compartíamos Anatol y yo un cuaderno en el que le contaba dónde nos íbamos, en el que copié poemas que le había escrito y que nunca me había atrevido a leerle. También había incluido dibujos de nuestros lugares preferidos, incluso un retrato de él, hecho de memoria con el lápiz de colores que me compré en el viaje de estudios, en un museo lejano. Todo estaba en aquel cuaderno que escondí entre los ladrillos de nuestro muro, de aquel muro que nos separaba y nos unía como a Píramo y a Tisbe en la fábula. Quiero creer que la pared resistirá hasta que Anatol vuelva de la guerra y lo encuentre.

Desde que Alonso me ha contado esa historia, no dejo de pensar en la persona que escribió aquel manuscrito árabe y en por qué lo escondería allí. ¿Acaso era un libro prohibido? ¿O tal vez estaba lleno de secretos que el autor solo compartía con otra persona, alguien que debería haberlo encontrado y no lo hizo? ¿Quizás lo escondió con la esperanza de que un día regresaría para recuperarlo? ¿Y por qué se quedó emparedado durante cuatro siglos? Quién sabe si ese será el destino de mi cuaderno: que alguien lo encuentre dentro de cuatrocientos años, cuando el mundo ya no se parezca en nada al nuestro, y se ponga a elucubrar sobre él, sobre la Tatiana que escribe y sobre el Anatol que debería haberlo recibido.

Me produce angustia pensarlo.

No sé cómo le ha sentado a Alonso que le haya hablado de mi cuaderno dedicado a Anatol. Pero no quiero engañarlo. Quiero que tenga muy claro que yo sigo enamorada de Anatol, a pesar de que él me hace reír con todo lo que cuenta porque quiere que no esté triste. Es un chico generoso. Quiere que yo esté bien mientras espero a Anatol.

Escribo su nombre en este diario para que Anatol siga en mi vida. ¿O tal vez para que yo siga creyendo que lo está?

A veces me lo pregunto y no encuentro la respuesta.

También me pregunto si Anatol sería tan generoso como Alonso en su lugar. Me lo pregunto y me

contesto que no. Él no lo sería. No cambiaba su comportamiento por complacerme. Recuerdo aquella tarde en el campo, cuando le pedí que no cazara más mariposas porque no me gustaba que las matara y las clavara en un corcho. Me miró arqueando las cejas, y me dijo que qué le importaba al mundo una o diez mariposas más o menos. Le contesté que al mundo a lo mejor no le importaba nada, pero que a mí sí. Su respuesta fue sacar un alfiler de su cartera y atravesar el cuerpo de la más bella, que aleteó temblorosa durante los segundos que tardó en morir. Anatol vio los lagrimones que me caían por las mejillas y se echó a reír.

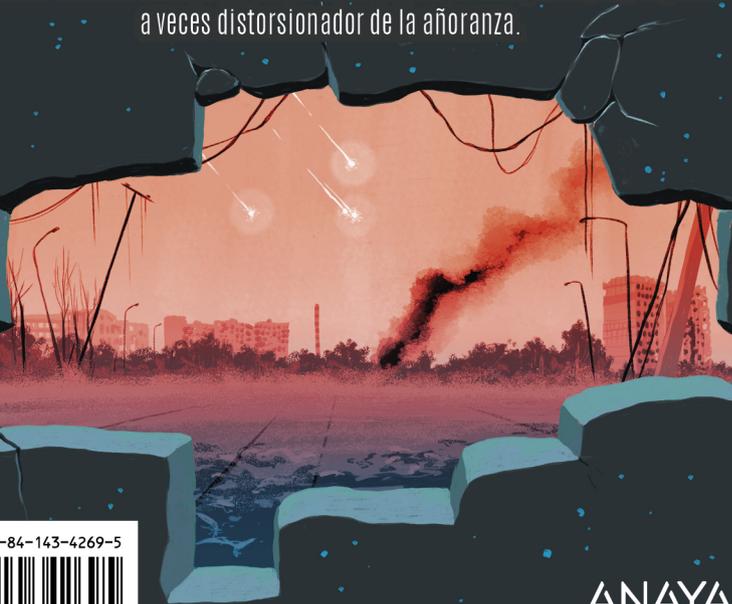
Yo no solo lloraba por la mariposa. También lloraba por mí.



**Pueden pasar los siglos. Pueden cruzarse las fronteras.
Pero un alma siempre anhelará su hogar
y otras almas que la amen**

Said, uno de los últimos moriscos expulsados de España, se debate entre el amor perdido de Mariana y su incierto futuro como corsario. Siglos después, Tatiana, una joven refugiada de guerra, intenta distraerse de su tragedia investigando el origen de un antiguo manuscrito árabe encontrado en la casa de la abuela de su nuevo y único amigo, Alonso.

Los secretos que guardan las estrellas nos hará viajar entre 1620 y el presente, explorando durante el trayecto temas como el primer amor, el hogar y el poder a veces distorsionador de la añoranza.



1525362

ISBN 978-84-143-4269-5



9 788414 342695

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com